

CAPÍTULO I



Como un joven extasiado y cansado de la vida sé que no existe preparación para afrontar las tinieblas.

Estoy condenado a permanecer repitiendo un ciclo limitado por la mortalidad; avivándome ante la llegada de los primeros haces de luz en la mortecina oscuridad y cayendo en blanco en un ocaso que marca el final de otro indistinguible show.

Me pregunto celosamente; ¿Dónde están las estrellas, dónde está mi dama blanca?

El telón ha bajado, y la gente ha empezado a abandonar la sala. Las ovaciones han cesado y el silencio el final ha marcado.

Los latidos han aumentado y mi serenidad se ha acabado. Los astros se han largado y la dama la luz no ha reflejado.

Pero si ellas están, ¿de qué me sirve? Sigo encerrado tras muros adornados con ventanas llenas de barrotes. Verlas un instante más solo me causaría más pena.

Si me liberaran..., tampoco existirá cambio alguno, pues

me he olvidado de cómo vivir fuera de mis muros de carne entre una muy repugnante simbiosis miedo-odio.

Solo soy un hombre que cree que se encierra voluntariamente y sale de vez en cuando para conseguir una cálida mirada para no olvidar lo que se siente existir.

Al caminar solo temiendo a las inquisidoras miradas que lo custodian, odiando a demonios que su propia mente ha creado.

Cuánto anhelo dejar de creer en lo ficticio, de miedos que me paralizan y me arrebatan todo palabra de mi boca inútil.

Cuánto ansío dejar de proyectar mi angustia en letras y que mi voz brille en la tormenta mientras las sombras huyen ante mi encuentro con el fin de los hombres.

D. B.

O Arjuna, como la Suprema Personalidad de Dios, sé todo lo que ha ocurrido en el pasado, todo lo que está sucediendo en el presente, y todas las cosas que están por venir. También sé de todas las entidades vivientes, pero nadie me conoce.

— BHAGAVAD GITA

Hay días en que me levanto con una esperanza demencial, momentos en los que siento que las posibilidades de una vida más humana están al alcance de nuestras manos. Éste es uno de esos días. Y, entonces, me he puesto a escribir casi a tientas en la madrugada, con urgencia, como quien saliera a la calle a pedir ayuda ante la amenaza de un incendio, o como un barco que, a punto de desaparecer, hiciera

una última y ferviente seña a un puerto que sabe cercano pero ensordecido por el ruido de la ciudad y por la cantidad de letreros que le enturbian la mirada. Les pido que nos detengamos a pensar en la grandeza a la que todavía podemos aspirar si nos atrevemos a valorar la vida de otra manera. Nos pido ese coraje que nos sitúa en la verdadera dimensión del hombre. Todos, una y otra vez, nos doblegamos. Pero hay algo que no falla y es la convicción de que —únicamente— los valores del espíritu nos pueden salvar de este terremoto que amenaza la condición humana. Mientras les escribo, me he detenido a palpar una rústica talla que me regalaron los tobas y que me trajo, como un rayo a mi memoria, una exposición “virtual” que me mostraron ayer en una computadora, que debo reconocer que me pareció cosa de Mandinga. Porque a medida que nos relacionamos de manera abstracta más nos alejamos del corazón de las cosas y una indiferencia metafísica se adueña de nosotros mientras toman poder entidades sin sangre ni nombres propios. Trágicamente, el hombre está perdiendo el diálogo con los demás y el reconocimiento del mundo que lo rodea, siendo que es allí donde se dan el encuentro, la posibilidad del amor, los gestos supremos de la vida. Las palabras de la mesa, incluso las discusiones o los enojos, parecen ya reemplazadas por la visión hipnótica. La televisión nos tantaliza, quedamos prendados de ella. Este efecto entre mágico y maléfico es obra, creo, del exceso de la luz que con su intensidad nos toma. No puedo menos que recordar ese mismo efecto que produce en los insectos, y aun en los grandes animales. Y entonces, no sólo nos cuesta abandonarla, sino que también perdemos la capacidad para mirar y ver lo cotidiano. Una calle con enormes tipas, unos ojos candorosos en la cara de una mujer vieja, las nubes de

un atardecer. La floración del aroma en pleno invierno no llama la atención a quienes no llegan ni a gozar de los jacarandás en Buenos Aires. Muchas veces me ha sorprendido cómo vemos mejor los paisajes en las películas que en la realidad. Es apremiante reconocer los espacios de encuentro que nos quiten de ser una multitud masificada mirando aisladamente la televisión. Lo paradójico es que a través de esa pantalla parecemos estar conectados con el mundo entero, cuando en verdad nos arranca la posibilidad de convivir humanamente, y lo que es tan grave como esto, nos predispone a la abulia. Irónicamente he dicho en muchas entrevistas que “la televisión es el opio del pueblo”, modificando la famosa frase de Marx. Pero lo creo, uno va quedando aletargado delante de la pantalla, y aunque no encuentre nada de lo que busca lo mismo se queda ahí, incapaz de levantarse y hacer algo bueno. Nos quita las ganas de trabajar en alguna artesanía, leer un libro, arreglar algo de la casa mientras se escucha música o se matea. O ir al bar con algún amigo, o conversar con los suyos. Es un tedio, un aburrimiento al que nos acostumbramos como “a falta de algo mejor”. El estar monótonamente sentado frente a la televisión anestesia la sensibilidad, hace lerda la mente, perjudica el alma. Al ser humano se le están cerrando los sentidos, cada vez requiere más intensidad, como los sordos. No vemos lo que no tiene la iluminación de la pantalla, ni oímos lo que no llega a nosotros cargado de decibeles, ni olemos perfumes. Ya ni las flores los tienen. Algo que a mí me afecta terriblemente es el ruido. Hay tardes en que caminamos cuadras y cuadras antes de encontrar un lugar donde tomar un café en paz. Y no es que finalmente encontremos un bar silencioso, sino que nos resignamos a pedir que, por favor, apaguen el televisor,

cosa que hacen con toda buena voluntad tratándose de mí, pero me pregunto, ¿cómo hacen las personas que viven en esta ciudad de trece millones de habitantes para encontrar un lugar donde conversar con un amigo? Esto que les digo nos pasa a todos, y muy especialmente a los verdaderos amantes de la música, ¿o es que se cree que prefieren escucharla mientras todos hablan de otros temas y a los gritos? En todos los cafés hay, o un televisor, o un aparato de música a todo volumen. Si todos se quejaban como yo, enérgicamente, las cosas empezarían a cambiar. Me pregunto si la gente se da cuenta del daño que le hace el ruido, o es que se los ha convencido de lo avanzado que es hablar a los gritos. En muchos departamentos se oye el televisor del vecino, ¿cómo nos respetamos tan poco? ¿Cómo hace el ser humano para soportar el aumento de decibeles en que vive? Las experiencias con animales han demostrado que el alto volumen les daña la memoria primero, luego los enloquece y finalmente los mata. Debo de ser como ellos porque hace tiempo que ando por la calle con tapones para los oídos. El hombre se está acostumbrando a aceptar pasivamente una constante intrusión sensorial. Y esta actitud pasiva termina siendo una servidumbre mental, una verdadera esclavitud. Pero hay una manera de contribuir a la protección de la humanidad, y es no resignarse. No mirar con indiferencia cómo desaparece de nuestra mirada la infinita riqueza que forma el universo que nos rodea, con sus colores, sonidos y perfumes. Ya los mercados no son aquellos a los que iban las mujeres con sus puestos de frutas, de verduras, de carnes, verdadera fiesta de colores y olores, fiesta de la naturaleza en medio de la ciudad, atendidos por hombres que vociferaban entre sí, mientras nos contagiaban la gratitud por sus frutos.

¡Pensar que con Mamá íbamos a la pollería a comprar huevos que, en ese mismo momento, retiraban de las gallinas ponedoras! Ahora ya todo viene envasado y se ha comenzado a hacer las compras por computadora, a través de esa pantalla que será la ventana por la que los hombres sentirán la vida. Así de indiferente e intocable. No hay otra manera de alcanzar la eternidad que, ahondando en el instante, ni otra forma de llegar a la universalidad que a través de la propia circunstancia: el hoy y aquí. Y entonces ¿cómo? Hay que re-valorar el pequeño lugar y el poco tiempo en que vivimos, que nada tienen que ver con esos paisajes maravillosos que podemos mirar en la televisión, pero que están sagradamente impregnados de la humanidad de las personas que vivimos en él. Uno dice silla o ventana o reloj, palabras que designan meros objetos, y, sin embargo, de pronto transmitimos algo misterioso e indefinible, algo que es como una clave, como un mensaje inefable de una profunda región de nuestro ser. Decimos silla, pero no queremos decir silla, y nos entienden. O por lo menos nos entienden aquéllos a quienes está secretamente destinado el mensaje. Así, aquel par de zuecos, aquella vela, esa silla, no quieren decir ni esos zuecos, ni esa vela macilenta, ni aquella silla de paja, sino Van Gogh, Vincent: su ansiedad, su angustia, su soledad; de modo que son más bien su autorretrato, la descripción de sus ansiedades más profundas y dolorosas. Sirviéndose de objetos de este mundo aparentemente seco que está fuera de nosotros, que acaso estaba antes de nosotros y que muy probablemente nos sobrevivirá. Como si esos objetos fueran temblorosos y transitorios puentes para salvar el abismo que siempre se abre entre uno y el universo, símbolos de aquello profundo y recóndito que reflejan; indiferentes y

grises para los que no son capaces de entender la clave, pero cálidos y tensos y llenos de intención secreta para los que la conocen. Porque el hombre hace con los objetos lo mismo que el alma realiza con el cuerpo, impregnándolo de sus anhelos y sentimientos, manifestándose a través de las arrugas carnales, del brillo de los ojos, de las sonrisas y de la comisura de sus labios. Si nos volvemos incapaces de crear un clima de belleza en el pequeño mundo a nuestro alrededor y sólo atendemos a las razones del trabajo, tantas veces deshumanizado y competitivo, ¿cómo podremos resistir? La presencia del hombre se expresa en el arreglo de una mesa, en unos discos apilados, en un libro, en un juguete. El contacto con cualquier obra humana evoca en nosotros la vida del otro, deja huellas a su paso que nos inclinan a reconocerlo y a encontrarlo. Si vivimos como autómatas seremos ciegos a las huellas que los hombres nos van dejando, como las piedritas que tiraban Hansel y Gretel en la esperanza de ser encontrados. El hombre se expresa para llegar a los demás, para salir del cautiverio de su soledad. Es tal su naturaleza de peregrino que nada colma su deseo de expresarse. Es un gesto inherente a la vida que no hace a la utilidad, que trasciende toda posibilidad funcional. Los hombres, a su paso, van dejando su vestigio; del mismo modo, al retornar a nuestra casa después de un día de trabajo agobiante, una mesita cualquiera, un par de zapatos gastados, una simple lámpara familiar, son conmovedores símbolos de una costa que ansiamos alcanzar, como náufragos exhaustos que logran tocar tierra después de una larga lucha contra la tempestad. Son muy pocas las horas libres que nos deja el trabajo. Apenas un rápido desayuno que solemos tomar pensando ya en los problemas de la oficina, porque de tal modo

vivimos como productores que nos estamos volviendo incapaces de detenernos ante una taza de café en las mañanas, o de unos mates compartidos. Y la vuelta a la casa, la hora de reunimos con los amigos o la familia, o de estar en silencio como la naturaleza a esa misteriosa hora del atardecer que recuerda los cuadros de Millet, tantas veces se nos pierde mirando televisión! Concentrados en algún canal, o haciendo zapping, parece que logramos una belleza o un placer que ya no descubrimos compartiendo un guiso o un vaso de vino o una sopa de caldo humeante que nos vincule a un amigo en una noche cualquiera. Cuando somos sensibles, cuando nuestros poros no están cubiertos de las implacables capas, la cercanía con la presencia humana nos sacude, nos alienta, comprendemos que es el otro el que siempre nos salva. Y si hemos llegado a la edad que tenemos es porque otros nos han ido salvando la vida, incesantemente. A los años que tengo hoy, puedo decir, dolorosamente, que toda vez que nos hemos perdido un encuentro humano algo quedó atrofiado en nosotros, o quebrado. Muchas veces somos incapaces de un genuino encuentro porque sólo reconocemos a los otros en la medida que definen nuestro ser y nuestro modo de sentir, o que nos son propicios a nuestros proyectos. Uno no puede detenerse en un encuentro porque está atestado de trabajos, de trámites, de ambiciones. Y porque la magnitud de la ciudad nos supera. Entonces el otro ser humano no nos llega, no lo vemos. Está más a nuestro alcance un desconocido con el que hablamos a través de la computadora. En la calle, en los negocios, en los infinitos trámites, uno sabe — abstractamente — que está tratando con seres humanos, pero en lo concreto tratamos a los demás como a otros tantos servidores informáticos o funcionales. No vivimos

esta relación de modo afectivo, como si tuviésemos una capa de protección contra los acontecimientos humanos “desviantes” de la atención. Los otros nos molestan, nos hacen perder el tiempo. Lo que deja al hombre espantosamente solo, como si en medio de tantas personas, o por ello mismo, cundiera el autismo. He visto algunas películas donde la alienación y la soledad son tales que las personas buscan amarse a través de un monitor. Por no hablar de esas mascotas artificiales que inventaron los japoneses, que no sé qué nombre tienen, que se las cuida como si vivieran, porque tienen “sentimientos” y hay que hablarles.

¡Qué basura y qué trágico pensar que ésa es la manera que tienen muchas personas de expresar su afecto! Un juego siniestro cuando hay tanto niño tirado por el mundo, y tanto noble animal camino a la extinción. Estamos a tiempo de revertir este abandono y esta masacre. Esta convicción ha de poseernos hasta el compromiso. La vida es abierta por naturaleza, aun en quienes la barrera que han levantado en torno a lo propio pareciera ser más oscura que una mazmorra. El latido de la vida exige un intersticio, apenas el espacio que necesita un latido para seguir viviendo, y a través de él puede colarse la plenitud de un encuentro, como las grandes mareas pueden filtrarse aun en las represas más fortificadas. O una enfermedad puede ser la apertura, o el desborde de un milagro cualquiera de la vida: una persona que nos ame a pesar de nuestra cerrazón. O como una gota que golpeará incesantemente contra los altos muros. Y entonces la persona que estaba más sola y cerrada puede ser ella misma la más capacitada por haber sido quien soportó largo tiempo esa grave carencia. Motivo por el cual son muchas veces los que más

orfandad han sufrido quienes más cuidado ponen en la

persona amada. Amor que nunca se recibe como descontado, que siempre pertenece a la magnitud del milagro. Y esta comprobación que tantas veces hemos hecho en la vida, mal que les pese a algunos psicólogos, es lo que nos alienta a pensar que nuestra sociedad, tan enfermiza y deshumanizada, puede ser quien dé origen a una cultura religiosa, como lo profetizó Berdiaev a principios del siglo XX. (Ernesto Sábato, La Resistencia)

OVEJAS NEGRAS

De linajes venimos, de mundos creados, pulidos y perfeccionados a través de lo que llamamos tiempo.

Tantos linajes, tantos mundos como seres humanos sucumben en la mortal carrera que se llama vida. Tantos linajes como padres y abuelos, pelean a diario su sabiduría y filosofía, para evitar que un mal día...

Se deshonre la familia, se rompa la tradición, pues maldita o no maldita, es la que engendra la vida, que, por muy incomprensible, tiene que ser seguida. A veces me pregunto si suena bien o suena mal, ese tipo de proeza con que escribo mis versos, entre rimas y poemas, lo que busco es una novela, que te muestre un poco el mundo como nunca te contaron, que te enseñe que ser libre es derecho y no una guerra, que te anime a ser valiente y salir de ese problema, de esa vida o la rutina, no hace falta estar triste, preocupado o enojado, ese mundo que te esconden es vivaz y no engendrado, por demonios como amigos, ni enemigos de familia, ese mundo que te esconden, vive libre y va danzando.

¡Vaya vida, vaya vida!

—¿Quién diría? Que en Macondo pasaría... que una

joven blanca y fina se atrevió y rompería... las barreras de la vida que su patria le exigía.

Es un lunes por la tarde, estoy sentada mientras rimo, mientras pienso y me cuestiono si está bien o si está mal, si estas líneas serán sangre o la sonrisa de unas caras que aburridas de la historia me acompañen a Macondo, esta vez no es de Platón, ni tampoco de García Márquez, esta vez es Ecuador, un rincón muy peculiar.

Hace muchos años, cuando la tecnología informática no era parte de la vida de los habitantes de Macondo, la migración de pequeños pueblos hacia la ciudad era una realidad latente. Sin embargo, existían distintas restricciones como las culturales, familiares y sociales.

Sobre todo, las restricciones impuestas a las mujeres, quienes pocas veces podían pensar siquiera en migrar de su lugar de origen. En lo que llamamos “pasado” la mujer sufría una especie de condena, un decreto divino ordenó que las mujeres, sean madres y esposas para sostener la familia como pilar fundamental de la sociedad; cuidar sus hogares y jamás abandonarlos.

Tanto es así que, hasta el día de hoy, familias nacen, viven y mueren en el mismo sitio que la bisabuela, la abuela y la madre lo hicieron, en la misma ubicación geográfica, rodeados de los mismos paisajes, de las mismas leyendas, los mismos vecinos, todo es igual; aunque a veces parece que el mundo allí afuera avanza, todo es igual.

Los padres y abuelos que acompañan estas familias, guardan dentro la paz de la victoria del linaje, si nada ha cambiado, quiere decir que lo hicieron muy bien.

¡Qué orgullo de familia! ¿Quién es el siguiente?

A pesar de las restricciones de cualquier índole, siempre

hay una oveja negra que se atreve a desafiar la vida, que se aburre de lo viejo y emprende un viaje para cambiarlo todo.

La oveja negra no tiene género, no pesan sobre sí las leyes o el destino femenino o masculino que le impusieron.

En un lugar del sur de Macondo, un día, un grupo de ovejas negras se reunió para emprender un viaje, dejar su pueblo sureño y llegar a la gran ciudad.

Un grupo de primos muy peculiar; y digo peculiar, porque entre ellos, se esconde una hermosa mujer, su nombre es Beatriz. Alta, delgada, ojos color verde esmeralda, cabello largo y brillante, cerebro fresco para los números, espíritu libre.

No hay detalles de aquel viaje, más que sí se concretó.

Al llegar cada quien tomó un camino, cada oveja fue a su ritmo y construyó su propio destino.

Beatriz no fue la excepción y en su viaje a un mundo nuevo, se encontró con el amor, un hombre maduro y bien parecido de ascendencia italiana robó su corazón, algunos años de diferencia no causaron tormento.

Sin embargo, el tiempo es engañoso y a veces la edad cobra sus deudas vestida de enfermedades. Después de seis hijos, el más pequeño con cinco años, Beatriz enviudó. Llanto amargo sobre aquel difunto, no pudo más que vestirse de valentía. Pero el dolor y la amargura de su pérdida, la marcaron de por vida.

La luna de miel se terminó, la vida continúa, seis hijos por criar y nada que temer.

Para entonces, Beatriz, había hecho algunos cursos de panadería, lo que le permitió ejercer un oficio nuevo en el lugar que se asentó a las afueras de la gran ciudad.

Una casa grande con jardines y el flamante negocio, la Panadería Mananh. Para la construcción de la casa fue

necesario hacer un préstamo con el banco estatal, el mismo que se pagaba fácilmente con el esfuerzo y buenos resultados del trabajo de Beatriz.

En aquel entonces, el lugar donde Beatriz se asentó, no era un lugar desarrollado, por ende, la Panadería Mananh llegó a acaparar todo el mercado del lugar y sus pueblos aledaños.

Se horneaban cientos de panes a diario para ser entregados. Y era Beatriz personalmente, junto a uno de sus colaboradores de confianza o sus hijos, quienes hacían las entregas directas, además de encargarse de las ventas que se hacían directamente desde Mananh.

Tanto éxito tuvo La Panadería Mananh que al menos ocho panaderos dormían en su lecho para hornear a la madrugada siguiente el pan.

¡Y ni hablar de Beatriz!

Uno de esos ocho panaderos, quien fue más cercano a Beatriz cuenta que ingería pastillas para no dormir, pues ella trabajaba mano a mano con sus colaboradores. Nunca hubiese consentido que un grupo de personas le sirviera.

Al contrario, eran su equipo y merecían el respeto que tanto a ella, como a sus hijos se les era dado. Sus hijos tampoco eran sujetos de privilegios extravagantes para la época.

Cada año se renovaban las vestiduras de la hija mayor y así las demás iban heredando paulatinamente lo que a ella ya no le quedaba.

Si bien Beatriz fue una mujer excepcional, su rol de madre deja mucho que desear, quizá la pena por haber perdido a su compañero marcó su conducta.

Fue una madre dura y de castigos severos que, vistos desde la psicología actual, podrían ocasionar fuertes

traumas en una persona. Sin embargo, esta conducta en aquella época era considerada normal en muchas familias.

La conciencia y descubrimientos sobre el maltrato infantil son cosas de hoy. Se cuenta que, en alguna ocasión a manera de castigo a una de las travesuras de sus hijas, las sumergió en un barril grande lleno de agua fría.

Es posible que las declaraciones anteriores suenen exageradas, pero no podemos olvidar que esta era una realidad que muchos de nuestros ancestros vivieron.

Y más aún, es una realidad que muchos niños en la actualidad siguen viviendo. Es por esto que criticamos la tradición como una forma de repetir conductas sin una razón real para hacerlo, más que repetir, repetir, una y otra vez.

Una y otra vez los padres siguen golpeando a sus hijos como hace 100 años, como hace 60 años, como hace 40 años, como hace 20 años. Y más, hoy mientras lees esto, un niño es golpeado por sus padres por alguna razón que solo los padres entienden desde su rol de padres, pues los niños viven en su propio mundo en el cual no entienden qué cosas que hagan podrían ocasionar que sus padres se enojen y menos aún, que los golpeen.

Claro que el problema es peor aún, los padres son victimarios, pero también fueron víctimas y viven presos de tristezas, frustraciones del pasado que hacen que actúen sin conciencia real de lo que hacen; tal vez no quieran golpear a sus hijos, pero en su ser inunda un espíritu reprimido que a la mejor oportunidad sale del closet con su peor disfraz. Los hijos por su puesto, son las víctimas perfectas, son niños, una categoría minúscula al ser humano, otras personas determinan lo que visten, lo que miran, lo que estudian, lo que comen. Absolutamente todo; y podría